

Sus pechos inquietos brincan,
 contacto candente asoma,
 las flores se multiplican
 y entre beso y beso pican
 en el suelo las palomas.

La tarde sedienta corre
 para beber en la noche;
 se llena de sombra el Orbe
 y el ambiente todo inmoble
 se cierra con fino broche.

El cielo vibra en acordes
 de la música cantora
 el velo azul se descorre
 y en el fondo de oro y cobre
 mancha roja se evapora.

Hadas con traje de noche
 cambian sábana que llora,
 y en el filo de la noche
 como una rosa de azogue
 la luna está gemidora.

Celestino FERNANDEZ DIAZ

Igualada, Febrero 1971.



Arte

Exilio en Madrid del Escultor-Poeta, Alvarez Lencero

En el panorama del arte extremeño se acaba de afianzar con nuevos relieves, una figura de inusitada magnitud.

Luis Alvarez Lencero, era ya poeta de tremenda resonancia, de acentos sincerísimos, de profunda y subterránea raíz cordial.

Alvarez Lencero, espíritu inquieto, indómito, insatisfecho, ha buscado algo más que la expresión lírica a través de la palabra y del verbo inefable. Acostumbrado al familiar y cotidiano trato, a la lucha desde muy joven con la dura materia artística, empleando las manos ávidas de crear, transidas por los fervores del trabajo artesano regadas con fecundos sudores de esfuerzos proletarios, Lencero ha llegado a la posesión del arte de la plástica en su versión más escarpada y porfian-te: la escultura en hierro.

A Lencero no le bastó con la sublimación de sus hondos sentires, cincelados en verso empapado en su propia y visceral sangre anímica. Difícilmente hallaríamos más entraña y verdad en otra poesía que en la de nuestro escultor poeta.

Por eso, tenemos que establecer una relación íntima entre su hacer plástico y su quehacer lírico. Entre sus vocaciones umbilicales de escultor y de poeta.

La poesía de Lencero, poesía del sentimiento, poesía dolorosa y lacerante, tiene un acento vivo de lamento y queja, de acerada y justa contumelia, de grito desgarrado frente a las injusticias, a las anticristianas opresoras actitudes, de los que creen tenerlo todo, porque muerden y se regodean con la presa de la materia financiable y de los pecados capitales.

Sin embargo, la poesía que es lluvia descendente a intimidades sagradas en el recinto subjetivo de lo humano, no queda erguida con trazos de perduración, de clamor, de encarnadura ante los ojos del mundo. Pero la escultura, sí. Es de las artes plásticas, la más rotunda, la menos sibilina, la más forzosamente dialectica por sus tres inescu-ribles dimensiones.

Se explica que Alvarez Lencero, que goza de dotes manuales, a quien el tajo y la disputa profunda con la materia, no le anonadan haya querido dejar su poesía enhiesta, vibrando y perennizándose en lo más indomeñable y resistente: el hierro.

Hemos visto y gozado la Exposición que Lencero ha realizado en Madrid. Exposición de cuyo contenido, tuvimos la suerte de pregonar el alto coturno artístico, la jayánica envergadura, con antelación en nuestra tribuna de «Hoy». No nos ha extrañado pues, su éxito fabuloso, sin precedentes, en quien por vez primera, ofrece su arte —un arte tan singular y extraño como el suyo— al veredicto de la crítica y el público de Madrid, donde se encuentran los más doctos y entendidos de la nación. Donde también, florece a veces —¿porqué no decirlo?— la espinosa planta del forcejeo ingrato y de la envidia.

Fuerza, expresividad, iluminaciones inspirativas. Cohesión de sabio

hacer y de resplandeciente técnica. Desgarrada violencia palpitante, de un lado. Intelectual concepto de un arte al que con los elementos más concretos se reduce a lineamientos abstractistas, de otro. Todo eso es la escultura de Lencero.

Obra titánica del brazo, luminosa de la mente, armonía felizmente lograda por el talante del artista. Dos vertientes principales, se desbordan con igual fuego de originalidad. Sus temas expresionistas —el fantástico y atemorizante «Vietnam» el estremecido «Toro», las terribles caratulas etc. y el virtuosismo meditado de sus bellas abstracciones plásticas.

Suficiente todo ello en suma, para darnos el gigantesco torso de este nuevo gran escultor extremeño. Lo suficiente para que nos felicitemos en saludar con alborozo —sobre todo pensando en Extremadura— a este gran artista del verso y del hierro. Este poeta total —hombre total también—, caballero, amante y conquistador de lo imposible que es LUIS ALVAREZ LENCERO.

Antonio ZOIDO.

KEPA ZAFRA, en Cáceres.

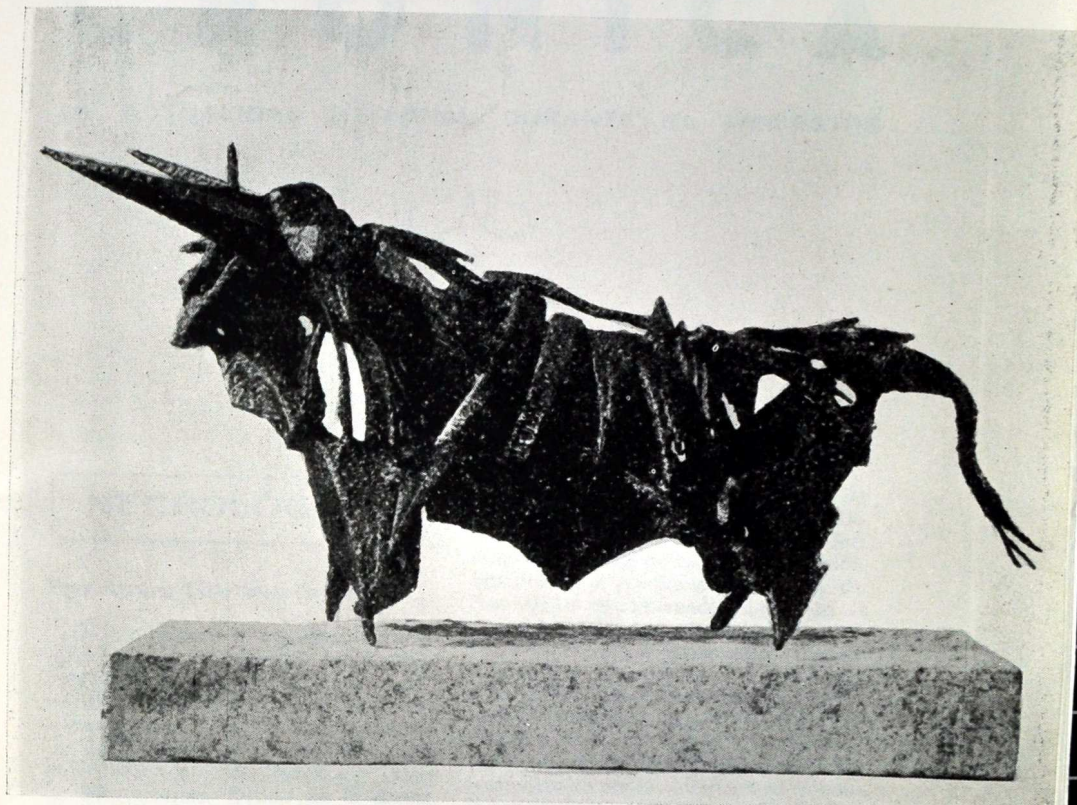
Pedro Zafra, en vascuence Kepa Zafra, es un joven artista donostiarra que está cumpliendo el servicio militar en el CIR cacereño. Luchando con escasez de medios, ha presentado durante la segunda quincena del mes de Marzo, en la sala de exposiciones de la Casa de la Cultura una colección de 25 dibujos, algunos de ellos coloreados con acuarela.

Kepa Zafra, tiene 21 años, es artista, nos dice, autodidacto, se ha movido ya, a pesar de su juventud, en los ambientes artísticos de París y ha expuesto en San Sebastián, en el Museo de San Telmo y en la Asociación Artística Guipuzcoana. El se autodefine como perteneciente al movimiento artístico de última vanguardia titulado *realismo fantástico*, escuela plástica, paralela a la literaria homónima, creada por los autores de la obra «El retorno de los brujos», Louis Pauwels y Jacques Bergier. El realismo fantástico, pretende superar al surrealismo en sus representaciones oníricas y aporta al arte toda la anti-experiencia plástica que es posible, mezclándola con ritos esotéricos, civilizaciones pasadas, pluralidad de seres galácticos, alquimia, hermetismo, etc.

Zafra no sigue ni a Lehmden ni a Fuchs, principales autores del realismo fantástico vienés, prefiere la tendencia belga, menos realista en los detalles y mucho más imprecisa. Bajo estas directrices, los dibujos de Zafra, estriban entre el expresionismo caricaturesco de Gross y los delirios subconcientes de los dadaistas. Zafra es buen dibujante, algunas de sus obras podrían ilustrar las novelas de Kafka, por lo alucinantes y febriles; pinta, nos confiesa, «con descuido premeditado» de aquí ese tono deforme de varios de sus dibujos.

Lo más positivo de la exposición, la alentadora esperanza de este joven militar que saca tiempo de donde puede para dedicárselo al Arte, empeño éste digno de alabanza y de la mayor consideración.

J. A. OLIVER MARCOS



«Como el toro, he nacido para el luto». Así titula esta magnífica escultura en hierro, su autor, el poeta Luis Alvarez Lencero, que ha celebrado con gran éxito una exposición de obras de esta modalidad en la capital de España.